

A person wearing a transparent, hooded suit with glowing white eyes is walking down a city street at night. The background is dark with blurred city lights and buildings.

CARLOS SISÍ

**EL
HOMBRE
SIN
NOMBRE**

minotauro

CARLOS SISÍ

**EL
HOMBRE
SIN
NOMBRE**

minotauro

El Hombre sin Nombre

© Carlos Sisí, 2025

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1960-3

Depósito legal: B. 1.207-2025

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

X: @minotaurolibros

Capítulo 1

El hombre sin nombre

Eric levantó la mirada cuando la puerta se abrió de manera repentina. Había estado observando la dichosa puerta sin interrupción durante los últimos veinte minutos, concentrado con ceñuda intensidad, sudoroso e intranquilo, y ahora que acababa de sumirse en sus procelosos pensamientos por unos momentos, ocurría.

—Alan —jadeó.

Alan se detuvo un instante para dedicarle una mirada inquisitiva, inmóvil, en el umbral del pequeño despacho, pero Eric estaba tan descompuesto, que no fue capaz de decir nada.

—¿Y bien? —preguntó, por fin.

Eric carraspeó brevemente, como si las palabras se hubieran atrancado en su garganta. Por fin, sacudió la cabeza de manera afirmativa.

Era curioso, pero al hacerlo, al confirmar por fin que lo había hecho, se sintió aliviado.

Alan asintió despacio, dio unos pasos para entrar en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

—Entonces, ya está —dijo, despacio.

—S-sí —balbuceó Eric, sacudiéndose intranquilo en su silla—. Sí. Lo he hecho, Alan. He llamado y... bueno, lo he contado. Lo he contado —repitió.

—¿Te han ofrecido lo que querías?

—Sí. El paquete completo. ¡El... puto paquete completo! No me lo puedo creer. Han aceptado. Lo han aceptado... todo.

—Enhorabuena —anunció Alan con cierta parsimonia, con un tono de voz casi dulce, paciente—. Has hecho lo correcto. ¿Han dicho algo cuando se lo has contado?

Eric sacudió la cabeza. Estaba tan nervioso que movía las manos de manera errática, como si quisiera emprender un movimiento y se interrumpiera a sí mismo, una y otra y otra vez.

—No... Bueno. Sí, claro. Pero era como si ya lo supieran. Solo querían que alguien se lo confirmase, ¿sabes? No va a haber problemas —dudó unos instantes—. No va a haber problemas porque... parecía que lo esperaban. Han... Han comprendido cosas. De repente, todo... todo...

—Todo tenía sentido —terminó Alan.

Eric abrió mucho los ojos y sonrió. No era una sonrisa agradable.

—¡Sí! —dijo—. ¡Exacto! Han... comprendido cosas...

Alan volvió a asentir. Se dio la vuelta y se dirigió al mueble de bebidas. En los tiempos del padre de Eric, aquel mueblecito había contenido botellas de vidrio con caros brebajes virtuosos: *whisky* escocés de quinientos dólares, *bourbon* y coñac, del tipo de coñac que una persona normal no llega a beber en toda su vida. Pero los tiempos habían cambiado y ahora solo tenía botellas de agua en recipientes bastante refinados, pero agua, al fin y al cabo. Y unas porquerías verdes saludables que los de imagen habían colocado allí para que los vieran los clientes, pero que nadie había bebido nunca por asemejarse más a limo nuclear de pantano que a otra cosa. Carol, de contabilidad, decía que, en las películas, esa cosa verde producía zombis.

Sirvió un vaso de agua mientras estaba de espaldas a Alan.

—Han comprendido cosas —susurró—. Conozco la sensación. De repente, todo ha encajado.

—Exacto —confirmó Eric con renovado entusiasmo—. Como tú dijiste. ¡Como tú dijiste exactamente!

Se llevó las manos a la cara y rio durante un rato con el rostro cubierto. Era difícil saber si reía o lloraba. Probablemente, hacía ambas cosas a la vez.

Alan se giró, con una sonrisa en la cara.

Extendió el brazo hacia Eric, sosteniendo un vaso de agua.

—Ten, anda —dijo despacio—. Te vendrá bien.

—S-sí —balbuceó Eric, aceptando el vaso. Bebió de manera compulsiva y lo dejó distraídamente en la mesa.

—Joder, Alan —exclamó—. Madre mía. Lo he hecho. Se lo he contado todo. Todo lo que hablamos. ¡Todo! Ahora... Ahora ya está hecho. Habrá... Habrá una reunión, por supuesto, y tendré que viajar a California y... bueno, empezar todo el proceso, ¿sabes?

Alan sacudió la cabeza.

—Eso es un formalismo —dijo—. Lo importante ya está hecho. Ahora saben. Han atado cabos. Han comprendido y han reunido las piezas que les faltaban del puzle. Ahora ven la imagen completa.

—La imagen completa... —susurró Eric—. Eso es. Joder, Alan. Siempre... Siempre sabes qué decir.

Alan le miró, con la cabeza ligeramente inclinada. Parecía divertido con la situación.

—Si no fuera por ti —continuó diciendo—, te juro que... Te juro por Dios que no hubiera podido sacar la cabeza de esto. Me hubiera quedado en el túnel, ¿sabes? Me hubiera caído todo encima. ¿Sabes cómo te digo?

—Sí —susurró Alan—. Tranquilo.

—No, en serio —insistió Eric—. Te... Te lo agradezco. Todos tus consejos. Lo que has hecho. Me siento... Me siento aliviado. Me siento...

Mientras hablaba, Alan sacó un pequeño sobre del bolsillo y lo depositó encima de la mesa, a su lado.

—Me siento... —decía Eric, pero se interrumpió, mirando el sobrecito de color blanco desvaído con la sonrisa aún dibujada en el rostro, las mejillas rosadas de la excitación del momento—. ¿Qué...? ¿Qué es eso? ¿Más entradas para Taylor Swift?

La sonrisa de Alan aumentó.

—No, esta vez no —dijo—. Eso... Eso ya se acabó. No te distraigas... Cuéntame cómo te sientes. Disfruta de tu decisión.

—¡Guau! —exclamó Eric—. Joder, sí. ¡Ya lo creo!

—¿Estás contento?

—Sí —dijo—, o sea, podría haber salido mejor, también, ¿no? Podría... Podría no haberse torcido en primer lugar. Eso hubiese sido increíble —rio brevemente—. Pero... dadas las circunstancias, para lo que podría haber pasado, creo que... no irá mal. No irá del todo mal.

—Bueno —dijo Alan suspirando—, al final, todo esfuerzo tiene su recompensa.

Eric asintió pensativamente, pero luego compuso una expresión extraña.

—Sí... quiero decir... ¿qué recompensa? ¿El acuerdo?

Alan no dijo nada. Estaba mirando su reloj de pulsera. Era el único tipo que Eric conocía que aún llevaba reloj de pulsera en aquellos tiempos de móviles siempre en la mano. Y era bonito. Un Zaess Wegner analógico con tres coronas, muy elegante. No era un reloj caro, pero era...

Era...

Eric se llevó la mano al pecho.

De repente, sentía cierta fatiga.

—¡Oh, bueno! —dijo risueño—. Vaya. Tantas emociones... —rio brevemente—. Creo que me está subiendo la tensión.

Alan asintió.

—Tu corazón está teniendo una pequeña celebración —dijo.

Eric rio con la ocurrencia, pero algo localizado en el pecho empezó a dar señales de que, de hecho, existía. «Corazón» fue la palabra que formó en la trastienda de su mente. Los problemas en el cuerpo eran curiosos, pensó a continuación, en ese discurso mental que sucede aun cuando uno no pretende mantener ninguna idea consciente; uno sabe que todo va bien cuando no siente el cuerpo en absoluto. O, mejor dicho, uno no sabe que el cuerpo va bien, precisamente, porque funciona. Nadie piensa en la puñetera rodilla a menos que empiece a fallar, y cuando lo hace, se deja notar de manera constante, persistente. Insistente. El dolor, la posibilidad de que algo vaya mal, reclama atención. Es el dolor y no la ausencia del dolor lo que nos hace sentirnos vivos.

—Mi... corazón... —susurró con los ojos fijos en el sobre blanco que Alan había dejado sobre la mesa. Tenía el tamaño de una carta. El tipo de sobre que uno recibe con una factura de teléfono en su interior.

Ahora era el codo. No el codo, quizás, el antebrazo. El brazo. El izquierdo. Sabía muy bien lo que se decía de un dolor repentino en el brazo izquierdo.

«Tu corazón está teniendo una pequeña celebración», había dicho Alan.

¿Qué...? ¿Qué demonios tenía que ver eso con todo?
Abrió mucho los ojos porque el dolor empezaba a ser...
Bueno.

Preocupante.

—Oye... —consiguió decir.

Demasiadas excitaciones. Cosas. Demasiadas cosas, sí. Toda la tensión de las últimas semanas, la posibilidad de que la mierda alcanzara el ventilador y la esparciera por toda la habitación... Los consejos de Alan.

Alan, que...

Si no fuera por Alan.

Le miró.

¿Por qué estaba mirando su puñetero reloj? Su... puñetero Zeiss Wegner, de cuánto... ¿doscientos, trescientos dólares?

—Oye —dijo, ronco—, me está...

—Te está dando un infarto —sentenció Alan.

Eric abrió mucho los ojos.

Quiso decir algo, pero no consiguió pronunciar palabra.

En su mente crecía la idea, la confirmación del hecho de que... Sí, estaba teniendo un infarto. Ya no había duda. Había una presión *in crescendo* que empezaba a dolerle como si alguien estuviera retorciéndole los músculos del torso, primero, a un lado y luego, al otro. Le ardía, punzante, abrasivo, profundo... hasta provocarle una suerte de asco interior, como una arcada contenida.

—A... Alan...

—Tranquilo —susurró Alan—, va a ser muy rápido. Sé que duele. Te sentirás mareado, te costará respirar. Puede que tengas una certeza interna a la que llaman «sensación de muerte inminente». Debe ser curioso experimentarlo.

—Qué...

Alan cogió el vaso y lo sacudió en el aire, y Eric abrió mucho los ojos. Aun superado por el dolor, empezó a entender. Un poco, al menos. Estaba claro, por su actitud inexplicable, que Alan había echado algo en el vaso. El vaso de agua que le había ofrecido, pero... ¿por qué?

¿Por qué dolía... tantísimo?

Empezó a desear que terminara ya, aunque eso supusiera el final. El misericordioso final. Tenía la cara roja y las venas del cuello

hinchadas, los músculos prominentes y tensos como cables de acero. Porque dolía. Dolía como mil pares de narices.

Miró a Alan con un gesto suplicante.

¿Por qué, Alan?

Había confiado en él.

Había hecho todo lo que le había dicho.

Había...

Pestañeó. También él empezaba a ver el cuadro completo. Con todas las piezas.

Había hecho exactamente lo que Alan le había dicho.

Y ahora... ahora...

Ahora ya no hacía falta, claro.

Le dirigió una mirada de incredulidad.

Había... ¿Había caído en una trampa? Había conocido a Alan hacía cuánto, ¿un año? Un año más o menos. Habían empezado a conocerse, se habían hecho amigos, habían trabajado juntos... Pero entonces...

¿Quién era Alan, en realidad?

¿Trabajaba para Dick, el Gordo? ¿Era eso?

¿Se la habían jugado? ¿Había accedido a hacer el juego que ellos querían?

—No te preocupes —susurró Alan entonces, sacándole de sus confusos, atropellados y dolorosos pensamientos, con un tono de voz insoportablemente cordial—, has dejado una nota de suicidio.

Eric vomitó sobre la mesa como último acto de deshonrosa despedida, y murió mirando el sobrecito de un tono blanco desvaído.

2

El hombre no pensaba en sí mismo como lo hacía el común de los mortales.

Cualquier hombre, como cualquier mujer, tiene conciencia de su identidad basándose en su discurso vital. En el recuerdo uniforme y lineal de su vida, por muy fragmentada que esta haya sido. Tiene un rostro, tiene un nombre y, por supuesto, cuenta con unos recuerdos. Cuando se mira en el espejo ve las marcas de esa vida en el reflejo,

su impacto. Tiene que comprenderlas, aceptarlas, asumirlas, y lo hace cada día de manera más o menos consciente, por lo general a primera hora, cuando uno aún está medio dormido y puede aceptar el infatigable y tenaz tránsito de la vida.

Cuando hace eso, cuando se observa, es consciente de cómo el tiempo ha transformado sus facciones. Se recuerda con el pelo más largo, más corto, mueve con curiosidad el cartílago de su nariz pensando en lo que parece haber crecido en los últimos años, examina ciertas arrugas o la ausencia de ellas. Y cuando se mira directamente a los ojos, piensa en su nombre. Un nombre que le acompaña desde su nacimiento. Piensa en su trabajo o sus trabajos, que lo definen. Piensa en sus relaciones, experiencias, logros y fracasos. Sus cambios. Piensa en sí.

Pero el hombre no podía hacer eso. Ni siquiera podía contar con el ancla de mantener un nombre desde su nacimiento. No era Jaime, ni Oliver, ni Ben. No era ninguno de esos nombres, pero los había sido todos.

Había sido Alan, por supuesto, el muy celebrado amigo del ahora difunto Eric. Pero también había sido Moe Miller, dentista en Albuquerque, licenciado en Cirugía Dental acreditado por la Comisión de Acreditación Dental de la Asociación Dental Americana. Ejerció durante todo un año en una consulta propia, un local de casi tres mil dólares mensuales con aparcamiento privado, hasta que terminó su trabajo y se ocupó de hacer desaparecer tanto a Miller como al local, sin olvidar el Plymouth Fury del 71 que conducía. Dejó ochenta mil dólares en su cuenta corriente que el gobierno terminó reclamando.

Había sido gemólogo titulado y tallador de diamantes en particular, con un pequeño taller en Francia. Por entonces, respondía al nombre de Matthieu Barraud, con casi veinte kilos más de la cuenta, propietario de un estúpido perrito llamado Cucú y coleccionista de pequeñas esculturas precolombinas. De nuevo, cuando cumplió su objetivo, Matthieu desapareció en un atroz incendio en su propio taller dejando únicamente un cuerpo carbonizado y su perfecta dentadura, cuyas piezas casaban a la perfección con su ficha médica.

Había sido muchas otras personas. Tom Bradley, ingeniero informático en California, con un pequeño acento irlandés por parte de madre y cojo por añadidura, y con la calva más pulida y brillante que

una bola de billar. Davis Hundson, capataz experto en instalaciones de seguridad con una desbocada pasión por la industria del porno y cierta tartamudez al hablar; Per Kierkegaard, danés, encargado de las relaciones públicas de un alto cargo del aparato militar del gobierno de Dinamarca. Julián Sepúlveda, de Barcelona, pelirrojo y homosexual, por cierto. Y muchos más.

Pero todo tiene un final, por supuesto, y Alan no era diferente.

Sentado en un taburete blanco en el cuarto de baño, retiró las membranas dactilares falsas de cada uno de sus dedos y las depositó en un pequeño cubilete de aluminio. Eran tan livianas y delgadas que asemejaban los pequeños trozos de piel que uno se arranca perezosamente de la espalda en la habitación del hotel de playa donde veranea. Luego, hizo lo mismo con algunas porciones de su propia cara; más látex y siliconas, que él mismo fabricaba, en los pómulos, el mentón, la barbilla y sobre las cejas, y mientras lo hacía, Alan fue desapareciendo. Retiró todo y lo dispuso en el cubilete, y cuando hubo terminado, vertió un pequeño chorrito de un tubo pequeño, un ácido suave que convirtió los desechos en un líquido acuoso que olía a goma caliente, como la rueda de una bicicleta.

Suspiró.

Siempre le resultaba un poco emotivo despedirse de un personaje, como si muriera. Porque el personaje moría, siempre. Desaparecía. De eso iba... todo aquello.

Y él sabía una o dos cosas sobre la vida y la muerte.

El hombre sin nombre trabajaba de una manera exhaustiva, minuciosa y concentrada todas y cada una de sus reencarnaciones. A todas ellas las necesitaba para hacer su trabajo con la calidad que se exigía, así que eran importantes. Cuando aceptaba un encargo nuevo, siempre hacía el mismo ritual. Primero, dedicaba unos minutos a ver la foto objetivo. Observarla, solamente. Suspiraba largamente, entrecerraba los ojos y miraba. Sus facciones, su cabello, su ropa, si estaba a la vista, su pose, su discurso corporal concentrado en un instante, un momento, un fotograma del largometraje de su vida. La curvatura de los labios, cómo se ajustaba su máscara fácil a su estructura ósea. Si tenía mucho o poco pelo. Las posibles marcas de la piel, las cicatrices, si la piel estaba limpia de taras, barros e imperfecciones, si parecía cuidada con productos o no. Había mucha información en ese primer vistazo, y confiaba tanto

en su instinto que prestaba mucha más atención a la primera impresión que a mucha de la información que llegaría después.

Estudiar a su objetivo con tanta minuciosidad como fuera posible no era una tarea sencilla; normalmente, sus objetivos eran personas reservadas, usualmente, en altos cargos directivos o incluso figuras políticas de mayor o menor envergadura, protegidos por todo su aparato de bloqueo y censura, incluyendo la manipulación mediática para el control de daños, si los había habido. Ese aspecto en concreto traía toda una serie de problemáticas adicionales encabezadas por el quinto jinete del apocalipsis: la desinformación. Al hombre sin nombre no le preocupaba, solo significaba más trabajo, más tiempo. Pero su trabajo de investigación era tenaz y, simple y llanamente, el mejor. Si había algo que saber, por muy escondido u oculto que estuviera, él lo sabría. De cualquiera.

Una vez lo conocía todo sobre su objetivo, incluyendo, sin duda, aquellas particularidades en apariencia triviales, diseñaba un personaje que pudiera entrar fácilmente en su vida. Si a su objetivo le apasionaba el *sushi*, él sería un aplaudido chef que lo prepararía con tal maestría que, al probarlo, uno podría cerrar los ojos y sentirse transportado a las mismísimas puertas del nirvana. Y no sería solamente un dato escrito en un currículum, ni compraría *sushi* en alguna cadena famosa y lo haría pasar por suyo, fingiendo ser un maestro en su elaboración. Si esa era la vía para inmiscuirse en la vida de su objetivo, aprendería todo lo que hay que saber sobre el *sushi*, incluso viajaría a Tokio para saborear el *sushi* del restaurante Sukiyabashi Jiro, elaborado por el maestro chef Jiro Ono. Comería cada día durante toda una semana hasta que cagara *sushi*. Estudiaría cómo elaborarlo. Lo prepararía. Inventaría uno nuevo, irresistible. Incluso maquillaría y manipularía su cuerpo para tener rasgos orientales si eso ayudaba.

Con los años, había llegado a acumular numerosas preparaciones profesionales. Había aprendido cómo ser dentista, sí. Había aprendido todo lo necesario sobre ser capataz especializado en el área de seguridad. Se había doctorado en abogacía, había aprendido ocho idiomas y hasta se había sacado el carné de piloto comercial.

Cuando estaba, por fin, perfectamente integrado en el mundo de su objetivo, preparaba un móvil para su personaje. Toda la culpa

sobre el asesinato o el suicidio o la venta de acciones o inmuebles o las decisiones corporativas que tuviera que conseguir recaerían en su personaje, que desaparecería cuando hubiera alcanzado sus metas, fuesen cuales fuesen.

Y ese era su mundo.

Su vida.

Su trabajo.

Aquella noche, estuvo ocupado haciendo desaparecer a Alan. Dejó un maletín esparcido por el suelo de su apartamento con ciento ochenta y seis mil dólares, dejó pistas y evidencias sobre una pequeña pelea, compró billetes para un destino cualquiera en la distante Nueva Zelanda y dejó ciertas evidencias en su ordenador portátil que dejaban claro que Alan tenía motivos para huir si Eric hubiera llamado a las autoridades, cosa que, naturalmente, había hecho. Gracias a él. Porque ese era su encargo; conseguir que Eric incriminara a Dick, el Gordo y dejara absolutamente desmantelado e inoperativo cierto negocio en la costa este de Estados Unidos.

Las autoridades encontrarían las falsas huellas de Alan en el despacho de Eric, en su apartamento, encontraría movimientos bancarios que ayudarían a montar toda una cadena de evidencias que lo señalarían como culpable, y lo alejarían del verdadero instigador de toda aquella cadena de sucesos: su cliente. El mismo cliente que sabría apoderarse de ese fructífero negocio que había quedado descuidado. El mismo cliente que estaría siempre en la otra esquina del universo en lo que tocaba a cualquier aspecto relacionado con la tarea, fuera cual fuese.

Una vez dejó montada toda la escena, como siempre sin olvidos, sin fallos, sin sorpresas o errores, sin mácula, se deshizo de Alan para siempre con su pequeño bote de diluyente y su cuenco de aluminio. No conservó nada. Ni el coche. Ni la casa. Ni un calcetín o un anillo. Nada que no debieran encontrar las autoridades podía permanecer. Y con esas últimas gestiones, una suerte de limpieza general profunda de fin de temporada dejó la cabeza limpia de lo que había supuesto ser Alan durante casi un año, permanentemente, sin interrupciones.

El hombre sin nombre, desposeído de su personaje, era apenas un insecto blanco recién nacido, larval, que deja atrás la crisálida

y se encuentra desnudo y desnutrido en un mundo virgen, nuevo, inexplorado.

Un hombre sin nombre. Sin pasado o sin pasado relevante. Sin más interés que en volver a transformarse.

El hombre sin nombre no se daría tiempo para tomarse un pequeño descanso, unos días de asueto, o hacer un pequeño viaje para gastar la pequeña fortuna que había ganado con el trabajo. Esas cosas mundanas de la vida de los hombres o de las mujeres no le interesaban en absoluto. Cuando no tenía un personaje en marcha, no era absolutamente nadie. No le interesaba nada, no perseguía la compañía de nadie. No encontraba satisfacción en ninguna actividad, situación, lugar o compañía. Era... una carcasa vacía. Una esponja, una pizarra que había quedado en blanco, lista para ser llenada.

Cuando se enfundaba en un personaje, era el personaje. No trabajaba de ocho de la mañana a seis de la tarde. No llegaba a su escondite, fuera cual fuese, se quitaba la máscara, el maquillaje, la ropa, y se sentaba a ver la televisión con una cerveza fría en la mano y se desentendía del trabajo por unas horas, antes de dormir. Bebería cerveza si a su personaje le gustaba la cerveza. Si su personaje era gay, buscaría la compañía de otros hombres en los cubiles nocturnos más sórdidos de la ciudad y haría el amor con ellos en los oscuros recovecos de los cuartos de baño con el suelo lleno de viejos orines resecos, si eso era lo que su personaje disfrutaba.

Si su personaje hacía origamis en su tiempo libre, haría origamis en su tiempo libre y disfrutaría de cada minuto entregado a esa tarea. Una vez terminara, miraría su creación con verdadera, genuina y auténtica satisfacción, aunque nadie en el mundo llegara jamás a ver su obra de arte. Y la colocaría en el estante, quizás, junto al resto de sus otras creaciones, a menos que su personaje pensara que dicho arte debía ser efímero y no coleccionable, y entonces, lo descartaría en cualquier papelería con el tipo de ritual que su personaje sintiera apropiado.

Si su personaje bebía café, bebería café. Si se requería una marca determinada, la tendría. Lo bebería en la soledad de su casa y en las cafeterías, a veces por pura necesidad, como si realmente necesitara una taza, la dosis de cafeína periódica en su cuerpo. Si repudiaba la bebida en cuestión, no tomaría una sola gota durante los seis meses o el año que durara el trabajo.

Porque lo que el hombre sin nombre necesitaba era, exactamente, nada. No tenía ninguna preferencia musical. Ninguna afición, ningún restaurante favorito. Ningún elemento que hubiera disfrutado durante el período de vida de cualquiera de sus personajes sobrevivía a la limpieza general de temporada.

Había disfrutado muchísimo de la pesca siendo el doctor Moe Miller, por ejemplo. Había pasado un cierto número de tardes, y un fin de semana delicioso, metido en un lago de Tennessee, escuchando el lento discurrir del agua y observando el majestuoso espectáculo natural de las nubes. Él solo, sumido en sus propios pensamientos y escarbando en los recuerdos inventados que había ideado para el doctor Miller, que, aunque nunca habían existido, formaban parte de su mente de todas maneras. Y había sido feliz, todo lo feliz que se puede ser en el máximo alcance de la palabra, y más feliz que muchos que creen serlo en el ámbito de sus vidas, sin duda, sintiendo el sol en el rostro y respirando el aroma fresco del agua, percibiendo el tacto frío de los peces que, ocasionalmente, atrapaba con su caña Wilnor Essex Executive de mil quinientos cincuenta y seis dólares. La caña, por cierto, que su mujer, la mujer de Miller, le había regalado un año antes de fallecer de cáncer, en el último aniversario que celebraron juntos.

La mujer que nunca llegó a conocer, claro.

La mujer que nunca llegó a existir siquiera más que como líneas de texto en el documento de creación de personaje que había desarrollado.

Pero a pesar de ello, a pesar del genuino disfrute y la sensación reparadora de paz y tranquilidad, cuando el trabajo se terminó y Miller tuvo que desaparecer, junto con la caña Wilnor Essex Executive por mucho que costara mil quinientos cincuenta y seis dólares, ninguno de sus otros personajes volvió a pescar jamás. Nunca. Ni siquiera tuvo recuerdos de aquellos momentos, al menos, no recuerdos nostálgicos, sino prácticos: Había hecho aquello, sí, pero aquel era el dato. No lo echaba de menos como cualquier persona de a pie echaría de menos algo placentero.

Ahora... Ahora era el momento de volver al trabajo.

Y no era el dinero. Tenía más de lo que podría gastar jamás.

El dinero no.

Era...

Era la necesidad imperiosa, vital, de volver a ser, de nuevo y otra vez, una persona completa, con sus taras y virtudes.